

nilda se deja caer suavemente en sus brazos. Wotan la conduce á un blando lecho de plumas, sobre el cual extiende un pino las frondosas ramas. Una vez más, contempla su agraciado rostro; después, le ciñe el casco, y por fin cubre su cuerpo con el escudo de acero. Luego se encamina majestuosamente y con firme resolución al centro del escenario, dirigiendo la punta de su lanza hacia una gigantesca roca.) ¡Oyeme, Loge! ¡ven acá! Tal como te encontré, cual fuego ardiente; tal como luego tú huiste de mí cual errante llama: ¡así como antes te sujeté te sujeto hoy! ¡sube ahora, llama oscilante, y rodea el peñón! ¡Loge! ¡Loge! ¡aquí! (Dicho esto golpea tres veces seguidas con la lanza la roca de la cual surge una fuente de fuego que convertida luego en ardiente mar forma inmenso círculo alrededor del peñón.) ¡Quien tema mi lanza, no pase nunca á través de este fuego!

CAE EL TELÓN

EL ANILLO DEL NIBELUNGO

SEGUNDA PARTE

SIFREDO

PERSONAJES

SIFREDO.
MIME.
UN VIAJERO.
ALBERTO.
FAFNER.
ERDA.
BRUNILDA.



ACTO PRIMERO

Un bosque.—El proscenio representa una gruta cuyo lado izquierdo se extiende hacia el interior del escenario, ocupando el derecho unas tres cuartas partes del mismo. Dos entradas naturales permiten penetrar en la gruta: la una en el fondo, y la otra, más ancha, también en el fondo, pero á un lado. En la pared interior de la gruta, hacia la izquierda, se ve un grande hornillo de fragua formado á pico en las mismas rocas: el único objeto artificial del horno será un gran fuelle; la chimenea, que es también natural, pasa al través de las rocas. Un gran yunque y otros instrumentos de herrería.

ESCENA PRIMERA

MIME (después de un corto prelude, sentado al lado del yunque, da martillazos sobre la hoja de una espada; al fin se detiene abatido).—¡Tormento pesado! Trabajo sin fruto. ¡La mejor espada que forjé en mi vida resistiría á los puños de los gigantes, y aquel débil mozuelo la hace pedazos como si fuese un juguete! (Tira desanimado la espada sobre el yunque, se apoya en ambos codos y mira pensativo al suelo.) Una hay que no rompería. Los pedazos de Nothung resis-

tirían, si supiese soldarlos, pero mi arte no alcanza á tanto. ¡Si pudiese forjársela á éste, aun alcanzaría premio mi infame proceder! (Se echa más hacia atrás é inclina pensativo la cabeza.) Fafner, aquel ogro salvaje, está tendido en el bosque oscuro; con el enorme peso de su cuerpo guarda el tesoro de los nibelungos. La fuerza infantil de Sifredo vencería el peso del cuerpo de Fafner, y yo me ganaría el anillo del nibelungo. Sólo una espada hay para esto; sólo Nothung sirve á mi ambición, cuando Sifredo la blanda sembrando la muerte... ¡y no puedo forjarla! (Sigue con visible desaliento, dando martillazos.) ¡Tormento pesado! ¡Trabajo sin fruto! ¡La mejor espada que en mi vida forjé, no sirve para esta única acción! Golpeo el yunque porque así lo quiere aquel mozal-bete; ¡la rompe y tira los pedazos y me riñe luego si no le forjo lo que quiere!

(Sifredo llega del bosque en rústico traje de caza y con una bocina de plata pendiente de una cadena; sujeto á una cuerda, hecha de corteza de árbol, trae consigo un enorme oso, á quien con maliciosa alegría excita á que ataque á Mime; éste, lleno de espanto, deja caer la espada y se esconde detrás del hornillo; Sifredo le acosa por todos lados con el oso).

SIFREDO.—¡Muérdelo! ¡cómelo! cómete á ese forjador chapucero.

(Se ríe á carcajadas).

MIME.—Aparta á ese animal. ¿De qué te sirve este oso?

SIFREDO.—Lo traigo para poderte atormentar mejor: á ver, pregúntale por la espada.

MIME.—¡Eh! ¡deja al animal! ahí está el arma; hoy la acabaré de pulir.

SIFREDO.—¡Pues entonces, por hoy te librarás del apuro! (Quita la cuerda al oso y le da un golpe en la espalda.) Vete, no te necesito más.

(El oso se va).

MIME (sale temblando de su escondrijo).—Que

mates osos no me parece mal, pero ¿por qué traes á ese, vivo á casa?

SIFREDO (se sienta para reponerse de la risa).—Es que busco un compañero mejor que el que aquí tengo: en el fondo del bosque hice resonar la bocina para ver si se me presentaba un buen amigo. De entre los matorrales salió un oso que me escuchó refunfuñando; me gustó más que tú, pero puede que aun encuentre algo mejor; con esa cuerda le até para que viniese á pedirte la espada, bribón.

(Se levanta de pronto y va á coger la espada).

MIME (la coge primero).—Le hice muy afilada la punta, quedarás contento de su hoja.

SIFREDO (coge la espada).—¿De qué me sirve su brillo si no es fuerte el acero? (La prueba con la mano.) ¿Qué chisme es éste? ¿á ese débil hie-rrecito llamas espada? (La hace pedazos contra el yunque, y saltan los fragmentos por el aire: Mime retrocede asustado.) Aquí tienes los pedazos, miserable chapucero; debí romperlos sobre tu cabeza. ¿Hasta cuándo has de engañarme, fanfarrón? Me hablas de gigantes y combates sangrientos, de hechos heroicos y esforzadas defensas; quieres ofrecerme armas, forjarme espadas; alabas tu arte como si en él fueses maestro, y en cuanto tomo entre las manos lo que has forjado, se hace pedazos. Si no fuese tan repugnante este gusano, yo mismo lo forjaría con sus propias herramientas y así acabarían de una vez tantas molestias.

(Se sienta furioso sobre un banco de piedra á la derecha).

MIME (que ha ido evitándole con prudencia).—Ya vuelves á enfurecerte como un loco. Grande es, en verdad, tu ingratitud. Si no se lo arreglan todo á su gusto á este niño mal criado, olvida al momento los beneficios recibidos. ¡Qué! ¿no te acuerdas ya de las lecciones que sobre el agradecimiento te dí? A tu bienhechor tienes que obedecerle siempre. (Sifredo vuelve malhumorado el ros-

tro á la pared, dando la espalda á Mime.) ¡Eso no lo quieres oír! Pero comer, sí querrás. Toma este trozo de sabroso asado: ¿quieres probar la bebida que he preparado para ti?

(Ofrece á Sifredo la comida. Este, sin volver el rostro, tira el plato al aire).

SIFREDO.—Ya he comido: ese brebaje insípido bébelo tú.

MIME (resentido). — ¡Así agradeces mi cariño! ¡Así pagas mis desvelos! Desde niño te he criado, te vestí; te dí de comer y de beber, te protegí como á mi propio pellejo; te arreglé un lecho en que poder dormir tranquilo; te forjé juguetes y una sonora bocina, y me esmeraba en recrearte; te dí buenos consejos, te enseñé cuánto sabía y mucho más. Mientras estoy en casa trabajando, tú paseas y te diviertes á medida de tu gusto; ¡yo, por ti, dale que dale, y lleno de afanes, sólo por ti, me consumo, pobre y viejo enano! Y en premio de tantas angustias, consigo que este muchacho colérico me atormente y me aborrezca.

(Empieza á gemir).

SIFREDO (que ha vuelto el rostro y escudriña con calma la mirada de Mime).—Muchas cosas me has mostrado y muchas aprendí de ti; pero lo que más empeño tuviste en enseñarme nunca pude aprenderlo: el tenerte cariño. Me repugna la comida que me traes; me preparas para el descanso blando lecho, y con dificultad acude el sueño á cerrar mis cansados ojos; quieres enseñarme á ser mañoso y diestro, y yo preferiría quedarme torpe y tonto. Cuando considero lo que haces, veo tu mala intención; cuando te contemplo en pie ó andando vacilante, encorvado, doblado y parpadeando sin cesar, me entran ganas de cogerte por el pescuezo y mandarte á paseo! Ahí tienes, Mime, cómo aprendí á tenerte cariño. Pero ya que tan sabio eres, enséñame una cosa sobre la que en vano tan á menudo discurrí; ¿có-

mo es que huyendo al bosque por no estar contigo, vuelvo otra vez á casa? Todos los animales me son más gratos que tú: los pájaros, los peces en el arroyo, los árboles en el bosque, todos los prefiero á ti: ¿cómo, pues, vuelvo? Ya que tan sabio eres, explícamelo.

MIME (se coloca familiarmente delante de él, á corta distancia).—Eso te demuestra, hijo mío, cuán cerca estoy de tu corazón.

SIFREDO (riéndose).—Ya sabes que no te puedo sufrir; no lo olvides tan pronto.

MIME.—Eso es culpa de tu ferocidad, que deberías corregir. Los pequeñuelos claman por el nido de sus padres, el amor es el deseo; así tú, sediento de amor, te vienes hacia mí. Lo que el ave para su hijuelo cuando le alimenta en el nido antes de poder volar, esto es para ti Mime que con tanto desvelo te cuida.

SIFREDO.—Oye, Mime, ya que eres tan ingenioso, dime otra cosa. Los pájaros cantan alegres en la primavera y el uno llama al otro: tú mismo me dijiste, cuando lo pregunté, que eran macho y hembra. ¡Se tratan con tanto amor y no quieren separarse! Construyeron un nido y allí incubaron y luego los pequeñuelos revolotean en derredor y ambos cuidan de la prole. Así descansaban, también aparejados, en el bosque los ciervos; hasta el mismo lobo y las zorras: el macho lleva la comida á los cachorros y la hembra los alimenta. Allí aprendí lo que era amor; nunca robé á la madre sus hijuelos. ¿Dónde tienes tu hembra, Mime, para que pueda llamarla madre?

MIME (de mal humor).—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? No seas torpe. ¿Acaso eres pájaro ó zorro?

SIFREDO.—Tú criaste al niño balbuciente, abrigaste con vestidos al pobre gusanillo. Pero, ¿de dónde sacaste al niño? ¿quizá lo tuviste sin madre?

MIME (muy apurado).—La verdad; yo soy tu padre y tu madre al mismo tiempo.

SIFREDO.—¡En eso mientes, miserable truhán! He visto que los hijos se parecen á los padres; me acerqué al arroyo cristalino y vi que en él se reflejaban fielmente los árboles y los animales; el sol y las nubes aparecían en el fondo del arroyo. Allí contemplé también mi propia imagen, y me vi enteramente distinto de ti; así se parecería al sapo el pez esbelto; pero nunca salió de un sapo un pez.

MIME (muy enojado).—¡Vaya un modo de disparatar!

SIFREDO (cada vez más animado).—Ahora se me ocurre lo que tanto me daba qué pensar: el por qué vuelvo á casa cuando me alejé para dejarte. (Se levanta sobresaltado.) De tu propia boca he de saber quién es mi padre y mi madre.

MIME (evitándole).—¡Qué padre ni qué madre! ¡Vaya una pregunta inútil!

SIFREDO (le coge del pescuezo).—A buenas no alcanzo nada; todo he de arrancártelo á la fuerza; hasta el dón de la palabra tuve que sacarle así á este pillo; dí, en seguida: ¿quienes son mis padres?

MIME (logrando desasirse de Sifredo).—¡Me estrangulas! Suelta; te diré lo que tanto anhelas saber, tal como lo sé. ¡Muchacho desagradecido! ¡Sabé, al fin, por qué razón me odias! No soy tu padre ni tu pariente, y á pesar de esto me debes la existencia. Me eres enteramente extraño; ¡sólo por compasión te dí albergue y no logré en cambio cariñosa recompensa! ¿Por qué, loco de mí, la llegué á esperar alguna vez? Tiempo há, yacía gimiendo en el bosque desierto una mujer; la trasladé como pude á esta cueva para cuidarla junto al calor del hornillo. En su seno llevaba un niño á quien aquí, tristemente, dió á luz; ayúdela como mejor supe en sus dolores: la angus-

tia fué grande... y al fin murió... pero se salvó Sifredo.

SIFREDO (sentado).—¿Con que murió mi madre al darme á luz?

MIME.—Te fió á mi cuidado y acepté gustoso el encargo. ¡Cuánto se esmeró Mime contigo! Como niño balbuciente te eduqué...

SIFREDO.—Me parece que esto ya lo has dicho; ahora dí, ¿por qué me llamo Sifredo?

MIME.—Así me dijo tu madre que te llamase, que este nombre te haría fuerte y hermoso... Cálenté con abrigos al recién nacido...

SIFREDO.—Ahora dí, ¿cómo se llamaba mi madre?

MIME.—¡De veras, ya casi no me acuerdo!... Te dí de comer y de beber...

SIFREDO.—¡Su nombre, dime su nombre!

MIME.—¿Se me habrá olvidado? ¡espera! ¡Sigelinda! me parece que así se llamaba la que te confió á mis cuidados... Yo te cuidé como á mí propio...

SIFREDO.—Y ahora, dí: ¿cómo se llamaba mi padre?

MIME (con sequedad).—A éste nunca le he visto.

SIFREDO.—¿Pero mi madre pronunció su nombre?

MIME.—Que murió en un combate; sólo esto dijo y á ti, huérfano, te me recomendó... Te cuidé mientras crecías; te arreglé un lecho en que pudieses dormir dulcemente...

SIFREDO.—¡Cállate ya con ese necio canto de cuna! ¡Si quieres que crea que no has mentado, dame una prueba de lo que dices!

MIME.—¿Qué prueba quieres?

SIFREDO.—A ti no te creo sólo por la palabra; necesito algo más para convencerme. ¿Qué prueba puedes darme?

MIME (después de pensarlo un rato, trae los dos pedazos de una espada rota).—Esto me dió tu ma-

dre: es la débil recompensa que me dejó en cambio de mis afanes y cuidados. Mira, ¡una espada rota! dijo que tu padre la llevaba cuando pereció en su última batalla.

SIFREDO.—Y esos son los pedazos que tienes que recomponer: ¡entonces blandiré la espada que me corresponde! ¡Date prisa, Mime; si entiendes tu arte, demuéstralo! No quieras engañarme con otra chapucería cualquiera; sólo en estos pedazos confío. ¡Si te encuentro ocioso ó mal unido el fuerte acero, entonces aprenderás de mí la manera de pulirlo! porque te juro que quiero para hoy esta espada.

MIME (asustado).—¿Para qué la quieres hoy?

SIFREDO.—Quiero salir de este bosque y entrar en el mundo y jamás volver. ¡Cuánta alegría me da la libertad! nada me obliga, ni nada me liga; tú no eres mi padre; lejos de aquí estaré en mi patria; tu hogar no es el mío, mi techo no es el tuyo. ¡Como náda el pez alegre en la corriente, como vuela libre el pájaro por los aires, así volaré yo; como huye el viento que pasa rozando el bosque, huiré yo, Mime, para no volver á verte!

(Se va corriendo).

MIME (sumamente angustiado).—¡Alto! ¡alto! ¿á dónde vas? (Grita en el bosque con toda la fuerza de sus pulmones.) ¡Eh! ¡Sifredo! ¡Sifredo! ¡Allá va corriendo! ¡Y yo aquí me quedo con esta nueva pena! ¡estoy lucido! ¿cómo me arreglo ahora? ¿cómo le retengo? ¿cómo conducirlo á la guarida de Fafner? ¿cómo unir los pedazos de este acero? ¡No hay horno con suficiente ardor para ablandarlos; no hay martillo de enano que venza su dureza: ni el trabajo, ni el sudor de la envidia del nibelungo son capaces de soldar á Nothung!

(Desesperado, se deja caer en su banquillo detrás del yunque.—Un viajero (Wotan) sale del bosque y se acerca á la puerta trasera de la cueva. Lleva un manto

de color azul oscuro; en vez de bastón una lanza; cubre su cabeza un sombrero de anchas alas, muy inclinado hacia el ojo tuerto).

EL VIAJERO.—¡Salud á ti, hábil herrero; dignate conceder franca hospitalidad al fatigado viandante!

MIME (se levanta asustado).—¿Quién me busca, quién me persigue en el bosque desierto?

EL VIAJERO.—El mundo me llama viajero: muchos países he recorrido, mucho me he movido sobre la capa de la tierra.

MIME. — Pues sigue moviéndote y no descanses aquí.

EL VIAJERO.—Noble hospitalidad me ofrecieron los buenos, algunos me colmaron de regalos. Desgracias tema quien me reciba mal.

MIME.—Siempre vivió conmigo la desgracia; ¿quieres aumentármela aún?

EL VIAJERO (entrando).—He aprendido y he conocido muchas cosas; ¡á cuántos podría revelar importantes noticias! A no pocos alivié la pena que les roía el corazón.

MIME.—Aunque hayas observado sabiamente las cosas y hayas espiado mucho, aquí no necesito observador, ni espía; quiero estar solo. A los holgazanes les dejo que sigan su camino.

EL VIAJERO (acercándose unos pasos más).—Alguno pensaba ser sabio y precisamente ignoraba lo que más le convenía saber; hice que me preguntase lo que quisiera: y mi palabra le dió la solución.

MIME (cada vez más alarmado, cuanto más se le acerca el viajero).—¡Muchos saben mil nimiedades; yo me sé lo necesario; ¡y á ti que tan sabio eres, te enseño la puerta!

EL VIAJERO (se sienta en el hogar).—Aquí me siento en tu hogar, y apuesto la cabeza á que contestaré satisfactoriamente á las preguntas que me hagas.

MIME (asustado y perplejo, aparte).—¿Cómo me desharé de este importuno? Voy á hacerle algunas preguntas que le pongan en aprieto. (En voz alta.) Contra tu cabeza apuesto mi hornillo; tres preguntas voy á dirigirte; cuida, pues, de contestarlas bien.

EL VIAJERO.—Empieza.

MIME (después de pensarlo un rato).—Ya que tanto te has movido sobre el haz de la tierra, y tanto has viajado por el mundo: dime, pues, ¿qué especie vive en sus profundidades?

EL VIAJERO.—En las profundidades de la tierra viven los nibelungos: Nibelhim es su patria. Son negros; el negro Alberto fué en un tiempo su soberano: el mágico poder de un misterioso anillo subyugaba á su pueblo activo. Le amontonaron riquísimos tesoros, que debían ganarle el mundo. Venga la segunda pregunta, enano.

MIME (pensativo).—Mucho sabes, viajero, del lugar de las tinieblas: dime ahora, ¿qué especie descansa sobre la corteza terrestre?

EL VIAJERO.—Sobre la corteza de la tierra descansa la generación de los gigantes; su patria es Riesenheim; Fasolt y Fafner envidiaron el poder del nibelungo; se ganaron el poderoso tesoro y con él, el anillo; por éste se encendió cruda guerra entre los dos hermanos; cayó Fasolt y Fafner guarda el tesoro. Oigamos la pregunta tercera.

MIME (que está como soñando).—Mucho sabes, viajero, de la áspera corteza de la tierra: dime ahora, ¿qué especie habita la región de las nubes?

EL VIAJERO.—En las regiones de las nubes viven los dioses: Walhalla se llama su morada; son gente de luz; Wotan los rige. Del fresno del mundo, de la rama sagrada se hizo una lanza; el tronco se seca, pero nunca se pudre la lanza; con su punta domina Wotan el mundo. En el asta escribió fórmulas misteriosas; quien posee esta lanza dueño es del mundo; ahora Wotan la tiene en

la mano. Ante él se inclinó el ejército de los nibelungos, la raza de los gigantes acató sus consejos: todos para siempre obedecen al poderoso señor de la lanza. (Da, como involuntariamente, un golpe en el suelo con ella; se oye un trueno que asusta en alto grado á Mime.) Ahora dí, sabio enano; ¿contesté bien á las preguntas? ¿conservo libre mi cabeza?

MIME (despertando de su letargo, atónito y sin atreverse á mirar al viajero).—¡Has contestado á las preguntas y has salvado la cabeza: ahora, viajero, sigue tu camino!

EL VIAJERO.—Habías de preguntar algo que te fuera de provecho; mi cabeza respondió de la solución. Ahora quiero la tuya en prenda de que no sabes lo que más te conviene. Tu saludo no me ofreció hospitalidad, puesto que puse en tus manos mi vida para poder gozar de tu albergue. ¡Si no resuelves las tres preguntas que á dirigirte voy, mía es tu cabeza: ánimo, pues, Mime!

MIME (con timidez y gran humildad).—Tiempo hace que abandoné mi patria, y me separé de mi madre; un día la mirada de Wotan me iluminó en la cueva; ante él pierdo mi ingenio. Sin embargo, tal vez obligado por la necesidad logre salvar mi cabeza.

EL VIAJERO.—Contesta pues, buen enano, á la primera pregunta: ¿cuál es la generación que Wotan trata peor y que no obstante le es más querida?

MIME.—He oído hablar poco de la raza de los héroes: pero, voy á responder á tu pregunta. La generación maravillosa que Wotan ama tiernamente aunque al parecer la aborrezca, es la de los welsas. Segismundo y Sigelinda, dos desdichados gemelos, descienden de ellos: ellos mismos engendraron á Sifredo el más vigoroso entre los de su

raza. ¿Salvo por la primera pregunta mi cabeza, viajero?

EL VIAJERO.—Conoces perfectamente esta generación: ¡eres muy astuto! Resolviste la primera pregunta; contéstame á la segunda, enano. Un sabio nibelungo guarda á Sifredo, quien, para conquistar el mágico anillo, ha de combatir con Fafner. ¿Qué espada blandirá Sifredo para matar á Fafner?

MIME (olvidando cada vez más su presente situación, y atraído por el asunto de que trata).—Nothung se llama la espada. Wotan la hundió en un fresno, destinándola á quien de allí la arrancase: los héroes más fuertes lo intentaron pero nadie pudo; sólo Segismundo el valiente lo logró; con ella peleaba en el combate hasta que la hizo pedazos la lanza de Wotan. Ahora guarda los trozos un hábil herrero, sabiendo que sólo con la espada de Wotan, Sifredo, niño sencillo y osado, vencerá al fiero dragón. (Muy satisfecho.) ¿Continúa dueño de su cabeza el enano?

EL VIAJERO. — Ingenioso eres como ninguno: ¿quién te igualará en sabiduría? Pero ya que tanto sabes, que hasta quieres utilizar á un héroe niño para tus proyectos, ¡allá va la tercera pregunta! Dime, hábil herrero, ¿quién forjará con los pedazos de Nothung la espada?

MIME (se levanta con el mayor sobresalto).— ¡Los pedazos! ¡La espada! ¡oh desgracia, no sé lo que me pasa! ¿Qué hago? ¿qué digo? ¡Maldito acero! ¿Por qué te robé? me ha llenado de miseria y dolor; se resiste á mis esfuerzos, no puedo ablandarlo, no puedo malearlo: el herrero más sabio no encuentra solución: ¿quién soldará los pedazos si no lo hago yo? ¿Cómo podré acertar con esta maravilla?

EL VIAJERO (levantándose del hogar).—Tres preguntas podías hacer, tres veces me expuse: preguntaste sobre regiones lejanas; pero lo que más

cerca tenías y lo que para ti más necesario era, no se te ocurrirá. Si doy solución á esta pregunta, te vuelves loco: he ganado tu ingeniosa cabeza. Ahora escucha, enano vencido, vencedor de Fafner: «Sólo aquel que no sabe lo que es miedo, forjará de nuevo á Nothung». (Mime le mira pasmado, Wotan se dispone á marcharse.) Desde hoy está empeñada tu cabeza, la cederé á quien nunca conoció el temor.

MIME (se deja caer abatido en el banquillo junto al yunque: extasiado mira hacia el bosque que está iluminado por el sol. Al poco rato empieza á temblar).—¡Maldita luz! ¿qué arde allí en el aire?... ¿qué brilla y se agita en el ardoroso sol? ¡Se acerca, viene! ¡atraviesa el bosque! ¡es el dragón! ¡Fafner! ¡Fafner!

(Grita y cae rendido detrás del ancho yunque).

SIFREDO (saliendo de los matorrales del bosque y gritando desde fuera).—¡Eh! ¡holgazán! ¿has acabado? veamos: ¿cómo está la espada? (Entra y se pára asombrado.) ¿Dónde está el herrero? ¡se habrá escapado! ¡Ea! ¡Mime, mandria! ¿Dónde estás? ¿dónde te has escondido?

MIME (con voz apagada, detrás del yunque).— ¿Eres tú, hijo mío? ¿vienes solo?

SIFREDO. — ¿Detrás del yunque? ¿dí, qué hacías allí? ¿me afilabas la espada?

MIME (perturbado y distraído). — ¿La espada? ¿cómo había de soldarla? (Aparte.) «Sólo el que no conozca lo que es miedo, forjará de nuevo Nothung...» No seré yo, porque yo harto sé lo que es.

SIFREDO.—¿Quieres hablar?

MIME (como antes).—¿De dónde sacar un buen consejo? En la apuesta he perdido mi cabeza; desde entonces pertenece á quien nunca conoció el temor.

SIFREDO (enojado).—¿Qué es eso? te burlas de mí?

MIME (volviendo poco á poco en sí).—Huiría de

aquel que aprendió á temer. ¡Pero esto no se lo enseñé al niño! Yo, tonto de mí, olvidé lo único bueno: que aprendiese á quererme; ¡eso no lo logré! ¿Cómo le enseñó á temer?

SIFREDO (le coge).—¡Eh! ¿tendré que ayudarte? ¿qué has hecho hoy?

MIME.—He estado pensando en enseñarte algo nuevo é importante.

SIFREDO (riendo).—¿Y por eso te tendiste en el suelo? ¿qué sabiduría te comunicó?

MIME (reponiéndose cada vez más).—Aprendí á tener miedo, para podértelo enseñar á ti.

SIFREDO.—¿Qué es eso de miedo?

MIME.—¿No lo sabes? ¿y quieres salir del bosque para correr mundo? ¿De qué te serviría el acero más fuerte, si no supieses lo que es miedo?

SIFREDO.—¡Estás ideando algún mal consejo!

MIME.—Tu madre habla por mi boca: he de cumplir lo prometido: no dejarte ir al mundo astuto, sin que hayas aprendido antes lo que es miedo.

SIFREDO.—¿Es esto un arte? ¿no lo conozco? dí pronto, ¿qué es?

MIME (cada vez más entusiasmado).—¿Nunca sentiste en bosque umbrío á la luz del crepúsculo, en sitio obscuro, cuando de lejos se oye un murmullo, un zumbido, que se acerca cada vez más, cuando luces confusas te rodean; no sentiste entonces correr por todos tus miembros un frío aterrador, perturbados los sentidos, oprimido el pecho y tembloroso el corazón! ¡Si no has sentido aún esto, no sabes lo que es miedo!

SIFREDO.—¡Extraña cosa debe de ser! mi corazón siempre late fuerte y tranquilo. Con gusto quisiera sentir ese calofrío y ese terror, esa intranquilidad, ese temblor, ese perder los sentidos. ¿Pero cómo me lo enseñarás, Mime? ¿cómo quieres tú, tan cobarde, ser mi maestro?

MIME.—Sígueme; ya dí con el medio de que

conozcas el temor. Hay cerca de aquí un dragón fiero, cuyas víctimas son ya numerosas; Fafner te enseñará lo que es el miedo; vamos á su madriguera.

SIFREDO.—¿Dónde está?

MIME.—En una cueva que se llama de la envidia: está situada en la parte que mira á levante, al extremo del bosque.

SIFREDO.—¿De modo que no está lejos del mundo?

MIME.—Este se encuentra muy cerca de la cueva de la envidia.

SIFREDO.—Pues condúceme allá. ¡Una vez haya aprendido lo que es el miedo, me voy al mundo! ¡ea! ¡dame pronto la espada, quiero blandirla en el mundo!

MIME.—¿La espada? ¡oh qué apuro!

SIFREDO.—Pronto... al yunque, veamos lo que has hecho.

MIME.—¡Maldito acero! ¡no lo sé soldar! No hay martillo de enano que venza el tenaz encanto. Sólo podrá lograrlo quien no conozca el miedo.

SIFREDO.—¿Cómo te escurre, holgazán! confiesa que eres un chapucero, y no vengas á disculparte con embustes. ¡Dame los pedazos! quita de ahí, remendón; en mis manos se ablandará el acero de mi padre: ¡yo mismo forjaré la espada!

MIME.—Si hubieses cultivado con aplicación este arte, ahora te sería utilísimo; pero siempre fuiste indolente en aprender: ¿qué te propones, muchacho?

SIFREDO.—Lo que no pudo hacer el maestro ¿lo haría el aprendiz aunque siempre te hubiese escuchado? ¡Déjame hacer, no te metas en ello: si no, te me caerás en el fuego!

(Ha amontonado gran cantidad de carbón sobre el hornillo, y mientras prenden las llamas, coloca los pedazos de la espada en el fuego, y los lima).

MIME (mirándole).—¿Qué estás haciendo? ¡Em-